

Arthur Conan Doyle

El Aristócrata Solterón



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL ARISTÓCRATA SOLTERÓN

ARTHUR CONAN DOYLE

**PUBLICADO: 1892
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en la colección de relatos titulada The Adventures of Sherlock Holmes (1892) disponible en Project Gutenberg.

EL ARISTÓCRATA SOLTERÓN

El matrimonio de Lord St. Simon, y su curiosa finalización, hace tiempo que dejó de ser un tema de interés en los elevados círculos en los que se mueve el desafortunado esposo. Nuevos escándalos lo han eclipsado, y sus detalles más picantes han alejado a los cotillas de este drama de hace cuatro años. Sin embargo, como tengo razones para creer que los hechos completos nunca han sido revelados al público en general, y como mi amigo Sherlock Holmes tuvo una parte considerable en el esclarecimiento del asunto, creo que ninguna memoria sobre él estaría completa sin un pequeño esbozo de este notable episodio.

Fue unas semanas antes de mi propio matrimonio, durante los días en que aún compartía habitación con Holmes en Baker Street, cuando él llegó a casa tras un paseo vespertino y encontró una carta sobre la mesa esperándole. Había permanecido en casa todo el día, porque el tiempo había dado un giro repentino hacia la lluvia, con fuertes vientos otoñales, y la bala Jezail que había traído en uno de mis miembros como reliquia de mi campaña afgana palpitaba con sorda persistencia. Con el cuerpo en una butaca y las piernas en otra, me había rodeado de una nube de periódicos hasta que al final, saturado de las noticias del día, los tiré todos a un lado y me quedé desganado, observando la enorme cresta y el monograma del sobre sobre la mesa y preguntándome perezosamente quién podría ser el noble corresponsal de mi amigo.

"He aquí una epístola muy de moda", comenté al entrar. "Tus cartas de la mañana, si no recuerdo mal, eran de un pescadero y un marinero".

"Sí, mi correspondencia tiene ciertamente el encanto de la variedad", respondió sonriendo, "y las más humildes suelen ser las más interesantes. Esto parece una de esas inoportunas convocatorias sociales que llaman a un hombre a aburrirse o a mentir".

Rompió el sello y echó un vistazo al contenido.

"Oh, vamos, puede resultar algo interesante, después de todo".

"¿No es de carácter social, entonces?"

"No, claramente profesional".

"¿Y de un cliente noble?"

"Uno de los más altos de Inglaterra".

"Mi querido amigo, le felicito".

"Le aseguro, Watson, sin afectación, que el estatus de mi cliente es un asunto de menor importancia para mí que el interés de su caso. Sin embargo, es posible que eso tampoco falte en esta nueva investigación. Usted ha estado leyendo los periódicos con diligencia últimamente, ¿no es así?"

"Eso parece", dije con pesar, señalando un enorme bulto en un rincón. "No he tenido otra cosa que hacer".

"Es una suerte, ya que tal vez pueda usted ponerme al día. No leo nada más que las noticias criminales y la columna de opinión. Esta última es siempre instructiva. Pero si ha seguido tan de cerca los acontecimientos recientes, debe haber leído lo de Lord St. Simon y su boda..."

"Oh, sí, con el más profundo interés".

"Eso está bien. La carta que tengo en mis manos es de Lord St. Simon. Se la leeré, y a cambio deberá entregar estos papeles y dejarme lo que tenga que ver con el asunto. Esto es lo que dice:

‘Querido señor Sherlock Holmes: Lord Backwater me ha dicho que puedo confiar plenamente en su juicio y discreción. Por lo tanto, he decidido recurrir a usted y consultarle sobre el doloroso suceso que ha ocurrido en relación con mi boda. El señor Lestrade, de Scotland Yard, ya está actuando en el asunto, pero me asegura que no ve ninguna objeción a su cooperación, y que incluso piensa que podría ser de alguna ayuda. Le llamaré a las cuatro de la tarde y, si tiene algún otro compromiso a esa hora, espero que lo posponga, ya que este asunto es de suma importancia.

*Atentamente,
'St. Simon'.*"

"Está fechada en Grosvenor Mansions, escrita con pluma de ave, y el noble señor ha tenido la mala suerte de mancharse de tinta la parte exterior de su dedo meñique derecho", observó Holmes mientras doblaba la epístola.

"Dice que a las cuatro. Ahora son las tres. Estará aquí dentro de una hora".

"Entonces tengo el tiempo justo, con su ayuda, para aclarar el tema. Déle la vuelta a esos papeles y ordene los extractos en su orden de tiempo, mientras yo echo un vistazo a quién es nuestro cliente". Tomó un volumen de tapas rojas de una fila de libros de referencia junto a la repisa de la chimenea. "Aquí esta", dijo, sentándose y aplanándolo sobre su rodilla. "Lord Robert Walsingham de Vere St. Simon, segundo hijo del duque de Balmoral". ¡Hum! Armas: Azur, tres caltrops en jefe sobre una fess sable. Nacido en 1846". Tiene cuarenta y un años, lo que es maduro para el matrimonio. Fue subsecretario para las colonias en una última administración. El Duque, su padre, fue en su momento Secretario de Asuntos Exteriores. Heredan la sangre Plantagenet por descendencia directa, y Tudor por el lado de la rueda. ¡Ja! Bueno, no hay nada muy instructivo en todo esto. Creo que debo recurrir a ti, Watson, por algo más sólido".

"No tengo muchas dificultades para encontrar lo que quiero -dije-, pues los hechos son bastante recientes y el asunto me pareció notable. Sin embargo, temía remitirlos a usted, pues sabía que tenía una investigación entre manos y que le disgustaba la intromisión de otros asuntos."

"Oh, te refieres al pequeño problema del furgón de muebles de Grosvenor Square. Eso ya está aclarado, aunque, de hecho, era obvio desde el principio. Por favor, dame los resultados de tu selección de periódicos".

"Aquí está la primera noticia que he encontrado. Está en la columna personal del Morning Post, y data, como ve, de hace algunas semanas: "Se ha concertado un matrimonio", dice, "y, si los rumores son ciertos, se celebrará muy pronto, entre lord Robert St. Simon, segundo hijo del duque de Balmoral, y la señorita Hatty Doran, hija única de Aloysius Doran. Esq., de San Francisco, Cal., U.S.A.' Eso es todo".

"Conciso y directo", comentó Holmes, estirando sus largas y delgadas piernas hacia el fuego.

"Había un párrafo que ampliaba esto en uno de los periódicos de sociedad de la misma semana. Ah, aquí está: "Pronto se pedirá pro-

tección en el mercado matrimonial, ya que el actual principio de libre comercio parece ir en contra de nuestro producto nacional. Una por una, la gestión de las casas nobles de Gran Bretaña está pasando a manos de nuestros primos del otro lado del Atlántico. Durante la última semana se ha producido una importante adición a la lista de premios que se han llevado estos encantadores invasores. Lord St. Simon, que se ha mostrado durante más de veinte años a prueba de las flechas del pequeño dios, ha anunciado ahora definitivamente su próximo matrimonio con la señorita Hatty Doran, la fascinante hija de un millonario de California. La señorita Doran, cuya grácil figura y llamativo rostro atrajeron la atención en las fiestas de Westbury House, es hija única, y actualmente se informa de que su dote superará considerablemente las seis cifras, con expectativas para el futuro. Como es un secreto a voces que el duque de Balmoral se ha visto obligado a vender sus cuadros en los últimos años, y como lord St. Simon no tiene ninguna propiedad propia, salvo la pequeña finca de Birchmoor, es obvio que la heredera californiana no es la única que sale ganando con una alianza que le permitirá hacer la fácil y común transición de dama republicana a dama británica".

"¿Algo más?", preguntó Holmes, bostezando.

"Oh, sí; mucho. Luego hay otra nota en el Morning Post en la que se dice que el matrimonio será absolutamente tranquilo, que se celebrará en St. George's, Hanover Square, que sólo se invitará a media docena de amigos íntimos y que la fiesta volverá a la casa amueblada de Lancaster Gate que ha tomado el señor Aloysius Doran. Dos días más tarde -es decir, el miércoles pasado- se anuncia escuetamente que la boda se ha celebrado y que la luna de miel se pasará en la casa de lord Backwater, cerca de Petersfield. Esos son todos los avisos que aparecieron antes de la desaparición de la novia".

"¿Antes de qué?", preguntó Holmes con un sobresalto.

"La desaparición de la dama".

"¿Cuándo desapareció, entonces?"

"En el desayuno de la boda".

"Efectivamente. Esto es más interesante de lo que prometía ser; bastante dramático, de hecho".

"Sí; me pareció un poco fuera de lo común".

"A menudo desaparecen antes de la ceremonia, y ocasionalmente durante la luna de miel; pero no puedo recordar nada tan rápido como esto. Le ruego que me dé los detalles".

"Le advierto que son muy incompletos".

"Tal vez podamos hacerlos menos."

"Tal como son, están expuestos en un solo artículo de un periódico matutino de ayer, que le leeré. Se titula: "Ocurrencia singular en una boda de moda":

"La familia de Lord Robert St. Simon se ha visto sumida en la mayor consternación por los extraños y dolorosos episodios que han tenido lugar en relación con su boda. La ceremonia, como se anunció brevemente en los periódicos de ayer, tuvo lugar la mañana anterior; pero sólo ahora ha sido posible confirmar los extraños rumores que han estado flotando tan persistentemente. A pesar de los intentos de los amigos por silenciar el asunto, se ha llamado tanto la atención del público que no se puede servir de nada haciendo caso omiso de lo que es un tema común de conversación.

La ceremonia, que se celebró en St. George's, Hanover Square, fue muy tranquila, ya que no estuvieron presentes más que el padre de la novia, el señor Aloysius Doran, la duquesa de Balmoral, lord Backwater, lord Eustace y lady Clara St. Simon (los hermanos menores del novio) y lady Alicia Whittington. Todo el grupo se dirigió después a la casa del Sr. Aloysius Doran, en Lancaster Gate, donde se había preparado el desayuno. Al parecer, una mujer, cuyo nombre no se ha averiguado, causó algunos problemas al intentar entrar en la casa después de la comitiva nupcial, alegando que tenía algún derecho sobre Lord St. Simon. Tras una dolorosa y prolongada escena, fue expulsada por el mayordomo y el criado. La novia, que afortunadamente había entrado en la casa antes de esta desagradable interrupción, se había sentado a desayunar con el resto, cuando se quejó de una repentina indisposición y se retiró a su habitación. Como su prolongada ausencia suscitó algunos comentarios, su padre la siguió, pero se enteró por su criada de que sólo había subido a su habitación un instante, cogió un chaleco y un bonete, y se apresuró a bajar al pasillo. Uno de los criados declaró que había visto a

una dama salir de la casa así vestida, pero que se había negado a creer que fuera su señora, creyendo que estaba con la compañía. Al comprobar que su hija había desaparecido, el señor Aloysius Doran, junto con el novio, se pusieron inmediatamente en contacto con la policía, y se están haciendo investigaciones muy enérgicas, que probablemente darán lugar a un rápido esclarecimiento de este asunto tan singular. Sin embargo, hasta la última hora de la noche de ayer, no se sabía nada sobre el paradero de la dama desaparecida. Hay rumores de juego sucio en el asunto, y se dice que la policía ha provocado el arresto de la mujer que había causado el disturbio original, en la creencia de que, por celos o algún otro motivo, puede haber estado involucrada en la extraña desaparición de la novia.'"

"¿Y eso es todo?"

"Sólo un pequeño artículo en otro de los periódicos de la mañana, pero es muy sugerente".

"Y es..."

"Que la señorita Flora Millar, la dama que había provocado los disturbios, ha sido realmente arrestada. Parece ser que antes era bailarina en el Allegro, y que conoce al novio desde hace algunos años. No hay más detalles, y todo el caso está ahora en sus manos, por lo que se ha publicado en la prensa".

"Y parece ser un caso muy interesante. No me lo habría perdido por nada del mundo. Pero han tocado la campana, Watson, y como el reloj marca las cuatro pasadas, no me cabe duda de que éste será nuestro noble cliente. No sueñes con ir, Watson, pues prefiero tener un testigo, aunque sólo sea para comprobar mi propia memoria".

"Lord Robert St. Simon", anunció nuestro paje, abriendo de golpe la puerta. Entró un caballero de rostro agradable y culto, de nariz alta y pálida, con algo de petulancia en la boca, y con los ojos firmes y bien abiertos de un hombre cuya agradable suerte ha sido siempre mandar y ser obedecido. Sus modales eran enérgicos y, sin embargo, su aspecto general daba una indebida impresión de edad, pues tenía una ligera inclinación hacia delante y una pequeña flexión de las rodillas al caminar. Además, cuando se quitó su sombrero de ala rizada, tenía los cabellos canosos en los lados y la parte superior

rala. En cuanto a su vestimenta, era cuidadosa hasta el límite de la elegancia, con cuello alto, levita negra, chaleco blanco, guantes amarillos, zapatos de charol y polainas de color claro. Entró lentamente en la sala, girando la cabeza de izquierda a derecha y moviendo en la mano derecha el cordón que sujetaba sus gafas de oro.

"Buenos días, Lord St. Simon", dijo Holmes, levantándose y haciendo una reverencia. "Le ruego que tome la butaca. Este es mi amigo y colega, el doctor Watson. Acérquese un poco al fuego y hablaremos de este asunto".

"Un asunto muy doloroso para mí, como puede imaginar, señor Holmes. Me han cortado el rollo. Tengo entendido que ya ha manejado varios casos delicados de este tipo, señor, aunque supongo que no eran de la misma clase social."

"No, estoy descendiendo".

"Le pido perdón".

"Mi último cliente de este tipo fue un rey".

"¡Oh, de verdad! No tenía ni idea. ¿Y qué rey?"

"El rey de Escandinavia".

"¡Qué! ¿Había perdido a su esposa?"

"Comprenderá usted", dijo Holmes con suavidad, "que extendiendo a los asuntos de mis otros clientes el mismo secreto que le prometo a usted en los suyos".

"¡Por supuesto! Muy bien, muy bien. Estoy seguro de que le pido perdón. En cuanto a mi propio caso, estoy dispuesto a darle cualquier información que pueda ayudarle a formarse una opinión."

"Gracias. Ya me he enterado de todo lo que aparece en la prensa, nada más. Supongo que puedo tomarlo como correcto: este artículo, por ejemplo, en cuanto a la desaparición de la novia."

Lord St. Simon le echó un vistazo. "Sí, es correcto, hasta donde llega".

"Pero necesita muchos detalles antes de que alguien pueda ofrecer una opinión. Creo que puedo llegar a mis conclusiones más fácilmente preguntándole a usted".

"Le ruego que lo haga".

"¿Cuándo conoció a la Srta. Hatty Doran?"

"En San Francisco, hace un año".

"¿Estaba usted de viaje por los Estados Unidos?"

"Sí."

"¿Se comprometió entonces?"

"No."

"¿Pero tenían una relación amistosa?"

"Me divertía su sociedad, y ella podía ver que me divertía".

"¿Su padre es muy rico?"

"Se dice que es el hombre más rico de la vertiente del Pacífico".

"¿Y cómo hizo su dinero?"

"En la minería. Hace unos años no tenía nada. Luego encontró oro, lo invirtió y subió a pasos agigantados".

"Ahora, ¿cuál es su propia impresión en cuanto al carácter de la joven... de su esposa?"

El noble balanceó sus gafas un poco más rápido y miró fijamente al fuego. "Verá, señor Holmes", dijo, "mi esposa tenía veinte años antes de que su padre se hiciera rico. Durante ese tiempo corrió libre en un campamento minero y vagó por bosques o montañas, de modo que su educación ha venido de la naturaleza más que del maestro de escuela. Es lo que llamamos en Inglaterra una marimacho, con una naturaleza fuerte, salvaje y libre, sin ningún tipo de restricciones por parte de las tradiciones. Es impetuosa, volcánica, iba a decir. Es rápida para tomar decisiones y no tiene miedo de llevar a cabo sus resoluciones. Por otra parte, no le habría dado el nombre que tengo el honor de llevar" -dijo una pequeña tos majestuosa- "si no pensara que en el fondo es una mujer noble. Creo que es capaz de una abnegación heroica y que cualquier cosa deshonrosa le repugnaría".

"¿Tienes su fotografía?"

"He traído esto conmigo". Abrió un medallón y nos mostró el rostro completo de una mujer muy hermosa. No era una fotografía, sino una miniatura de marfil, y el artista había resaltado todo el efecto del lustroso cabello negro, los grandes ojos oscuros y la exquisita boca. Holmes la contempló larga y seriamente. Luego cerró el relicario y se lo devolvió a Lord St. Simon.

"Entonces, ¿la joven vino a Londres y usted volvió a conocerla?"

"Sí, su padre la trajo para esta última temporada en Londres. La vi varias veces, me comprometí con ella y ahora me he casado con ella".

"¿Trajo, según tengo entendido, una dote considerable?"

"Una buena dote. No más de lo habitual en mi familia".

"¿Y esto, por supuesto, le queda a usted, ya que el matrimonio es un hecho consumado?"

"Realmente no he hecho ninguna averiguación al respecto".

"Muy naturalmente no. ¿Vio a la Srta. Doran el día antes de la boda?"

"Sí."

"¿Estaba de buen humor?"

"Nunca estuvo mejor. No paraba de hablar de lo que deberíamos hacer en nuestra vida futura".

"¡Claro! Eso es muy interesante. ¿Y la mañana de la boda?"

"Estaba lo más animada posible, al menos hasta después de la ceremonia".

"¿Y observó algún cambio en ella entonces?"

"Bueno, a decir verdad, vi entonces los primeros signos que había visto de que su temperamento era un poco brusco. El incidente, sin embargo, fue demasiado trivial para relatarlo y no puede tener ninguna relación con el caso."

"Por favor, déjenos saber, a pesar de todo."

"Oh, es una chiquillada. Se le cayó el ramo cuando íbamos hacia la sacristía. Pasaba por el primer banco en ese momento, y se cayó en el banco. Hubo un momento de retraso, pero el caballero en el banco se lo entregó de nuevo, y no parecía estar peor por la caída. Sin embargo, cuando le hablé del asunto, me contestó bruscamente; y en el carruaje, de camino a casa, parecía absurdamente agitada por esta insignificante causa."

"¡En efecto! Dice usted que había un caballero en el banco. ¿Estaba presente alguien del público en general, entonces?"

"Oh, sí. Es imposible excluirlos cuando la iglesia está abierta".

"¿Este caballero no era uno de los amigos de su esposa?"

"No, no; lo llamo caballero por cortesía, pero era una persona de aspecto bastante común. Apenas me fijé en su aspecto. Pero, en

realidad, creo que nos estamos desviando bastante del tema".

"La señora St. Simon, entonces, regresó de la boda en un estado de ánimo menos alegre de lo que había ido a ella. ¿Qué hizo al volver a entrar en la casa de su padre?"

"La vi conversando con su criada".

"¿Y quién es su criada?"

"Alice es su nombre. Es americana y vino de California con ella".

"¿Una sirvienta confidencial?"

"Demasiado. Me pareció que su ama le permitía tomarse grandes libertades. Aunque, por supuesto, en América ven estas cosas de otra manera".

"¿Cuánto tiempo habló con esta Alice?"

"Oh, unos pocos minutos. Tenía otra cosa en que pensar".

"¿No escuchó lo que dijeron?"

"La señora St. Simon dijo algo sobre "saltar una reclamación". Acostumbraba a utilizar ese tipo de jerga. No tengo idea de lo que quiso decir".

"La jerga americana es muy expresiva a veces. ¿Y qué hizo su esposa cuando terminó de hablar con su criada?"

"Entró en la sala de desayunos".

"¿De su brazo?"

"No, sola. Era muy independiente en asuntos pequeños como ese. Entonces, después de que nos sentáramos durante unos diez minutos, se levantó apresuradamente, murmuró unas palabras de disculpa y salió de la habitación. Nunca volvió".

"Pero esta doncella, Alice, según tengo entendido, declara que fue a su habitación, cubrió el vestido de la novia con un largo gabán, se puso un bonete y salió".

"Así es. Y después fue vista caminando hacia Hyde Park en compañía de Flora Millar, una mujer que ahora está detenida, y que ya había causado un disturbio en la casa del señor Doran esa mañana."

"Ah, sí. Me gustaría tener algunos detalles sobre esta joven, y su relación con ella".

Lord St. Simon se encogió de hombros y enarcó las cejas. "Hemos tenido una relación amistosa durante algunos años, puedo de-

cir que muy amistosa. Ella solía estar en el Allegro. No la he tratado con poca generosidad, y ella no tenía ningún motivo de queja contra mí, pero ya sabe cómo son las mujeres, señor Holmes. Flora era una cosita muy querida, pero extremadamente impulsiva y devotamente apegada a mí. Me escribió cartas espantosas cuando se enteró de que estaba a punto de casarme y, a decir verdad, la razón por la que hice celebrar el matrimonio con tanta discreción fue que temía que se produjera un escándalo en la iglesia. Llegó a la puerta del señor Doran justo después de nuestro regreso, y trató de entrar a empujones, profiriendo expresiones muy abusivas hacia mi esposa, e incluso amenazándola, pero yo había previsto la posibilidad de algo así, y tenía allí a dos policías vestidos de paisano, que pronto la echaron de nuevo. Ella se calmó cuando vio que no era bueno hacer una pelea".

"¿Su esposa escuchó todo esto?"

"No, gracias a Dios, no lo hizo".

"¿Y se la vio después paseando con esta misma mujer?"

"Sí. Eso es lo que el señor Lestrade, de Scotland Yard, considera tan grave. Se cree que Flora engañó a mi esposa y le tendió una terrible trampa".

"Bueno, es una suposición posible".

"¿Usted también lo cree?"

"No he dicho que sea probable. ¿Pero usted mismo no lo considera probable?"

"No creo que Flora haga daño a una mosca".

"Sin embargo, los celos son un extraño transformador de caracteres. ¿Cuál es su propia teoría sobre lo que ocurrió?"

"Bueno, en realidad, he venido a buscar una teoría, no a proponer una. Le he dado todos los hechos. Sin embargo, ya que me lo pregunta, puedo decir que se me ha ocurrido como posible que la excitación de este asunto, la conciencia de que ella había dado un paso social tan inmenso, tuvo el efecto de causar alguna pequeña perturbación nerviosa en mi esposa."

"En pocas palabras, ¿que se haya vuelto repentinamente trastornada?"

"Bueno, realmente, cuando considero que ella ha dado la espalda -no diré a mí, sino a tantas cosas a las que muchos han aspirado sin éxito-, difícilmente puedo explicarlo de otra manera".

"Bueno, ciertamente esa es también una hipótesis concebible", dijo Holmes, sonriendo. "Y ahora, lord St. Simon, creo que tengo casi todos mis datos. ¿Puedo preguntarle si estaba usted sentado en la mesa del desayuno de modo que pudiera ver por la ventana?"

"Podíamos ver el otro lado de la carretera y el parque".

"Así es. Entonces no creo que sea necesario retenerlos más tiempo. Me comunicaré con usted".

"Si tiene la suerte de resolver este problema", dijo nuestro cliente, levantándose.

"Lo he resuelto".

"¿Eh? ¿Qué fue eso?"

"Digo que lo he resuelto".

"¿Dónde está, entonces, mi mujer?"

"Ese es un detalle que no tardaré en facilitar".

Lord St. Simon negó con la cabeza. "Me temo que se necesitarán cabezas más sabias que la suya o la mía", observó, e inclinándose de forma señorial y anticuada se marchó.

"Es muy bueno que lord St. Simon honre mi cabeza poniéndola a la altura de la suya -dijo Sherlock Holmes, riendo-. "Creo que voy a tomar un whisky con soda y un puro después de todo este interrogatorio. Ya había sacado mis conclusiones sobre el caso antes de que nuestro cliente entrara en la habitación".

"¡Mi querido Holmes!"

"Tengo notas de varios casos similares, aunque ninguno, como comenté antes, que fuera tan rápido. Todo mi examen sirvió para convertir mi conjetura en una certeza. Las pruebas circunstanciales son a veces muy convincentes, como cuando se encuentra una trucha en la leche, por citar el ejemplo de Thoreau."

"Pero yo he oído todo lo que usted ha oído".

"Sin embargo, sin el conocimiento de los casos preexistentes que tan bien me sirve. Hubo un caso paralelo en Aberdeen hace algunos años, y algo muy parecido en Munich el año después de la guerra franco-prusiana. Es uno de estos casos, pero, ¡hola, aquí está Les-

trade! ¡Buenas tardes, Lestrade! Encontrará un vaso extra en el aparador, y hay cigarros en la caja".

El detective oficial iba vestido con una chaqueta de guisante y corbata, lo que le daba un aspecto decididamente náutico, y llevaba una bolsa de lona negra en la mano. Con un breve saludo se sentó y encendió el cigarro que le habían ofrecido.

"¿Qué pasa, entonces?", preguntó Holmes con un brillo en los ojos. "Parece usted insatisfecho".

"Y me siento insatisfecho. Es este infernal caso del matrimonio de St. Simon. No puedo entender ni la cabeza ni la cola del asunto".

"¡De verdad! Me sorprendes".

"¿Quién ha oído hablar de un asunto tan confuso? Cada pista parece escurrirse entre mis dedos. He estado trabajando en ello todo el día".

"Y parece que se ha mojado mucho", dijo Holmes poniendo la mano sobre el brazo de la chaqueta de guisante.

"Sí, he estado arrastrando el Serpentine".

"En nombre del cielo, ¿para qué?"

"En busca del cuerpo de Lady St. Simon".

Sherlock Holmes se recostó en su silla y se rió con ganas.

"¿Ha arrastrado la pila de la fuente de Trafalgar Square?", preguntó.

"¿Por qué? ¿Qué quiere decir?"

"Porque tiene las mismas posibilidades de encontrar a esta dama en una que en otra".

Lestrade lanzó una mirada furiosa a mi compañero. "Supongo que lo sabes todo", gruñó.

"Bueno, acabo de enterarme de los hechos, pero ya me he decidido".

"¡Ah, sí! Entonces, ¿crees que la Serpentina no juega ningún papel en el asunto?"

"Me parece muy poco probable".

"Entonces, ¿tendrá la amabilidad de explicarnos cómo es que encontramos esto en él?" Abrió su bolsa mientras hablaba y dejó caer al suelo un vestido de novia de seda aguada, un par de zapatos de raso blanco y una corona y un velo de novia, todo ello descolorido y

empapado de agua. "Aquí", dijo, poniendo un nuevo anillo de boda en la parte superior del montón. "Hay una pequeña nuez para que la rompa, señorito Holmes".

"¡Ah, sí!", dijo mi amigo, soplando los anillos azules en el aire.
"¿Los has sacado del Serpentine?"

"No. Fueron encontrados flotando cerca de la orilla por un cuidador del parque. Han sido identificadas como sus ropas, y me pareció que si las ropas estaban allí el cuerpo no estaría muy lejos."

"Por el mismo brillante razonamiento, el cuerpo de todo hombre se encuentra en las cercanías de su armario. ¿Y a qué esperaba llegar con esto?"

"A alguna prueba que implique a Flora Millar en la desaparición".

"Me temo que lo encontrará difícil".

"¿Ahora sí?", gritó Lestrade con cierta amargura. "Me temo, Holmes, que no es usted muy práctico con sus deducciones y sus inferencias. Ha cometido dos errores en otros tantos minutos. Este vestido implica a la señorita Flora Millar".

"¿Y cómo?"

"En el vestido hay un bolsillo. En el bolsillo hay un tarjetero. En el tarjetero hay una nota. Y aquí está la misma nota". La dejó sobre la mesa delante de él. "Escucha esto: 'Me verás cuando todo esté listo. Venga de inmediato. F. H. M.' Ahora bien, mi teoría ha sido siempre que Lady St. Simon fue engañada por Flora Millar, y que ella, con confederados, sin duda, fue responsable de su desaparición. Aquí, firmada con sus iniciales, está la misma nota que, sin duda, se le puso en la mano en la puerta y que la atrajo a su alcance."

"Muy bien, Lestrade", dijo Holmes, riendo. "Realmente es usted muy fino. Déjeme verlo". Cogió el papel de forma desganada, pero su atención se convirtió al instante en algo fascinante, y dio un pequeño grito de satisfacción. "Esto es realmente importante", dijo.

"¡Ja! ¿Lo encuentras así?"

"Extremadamente. Le felicito calurosamente".

Lestrade se levantó triunfante y agachó la cabeza para mirar.
"¿Por qué?", exclamó, "¡estás mirando el lado equivocado!"

"Al contrario, este es el lado correcto".

"¿El lado correcto? ¡Estás loco! Aquí está la nota escrita a lápiz".

"Y por aquí está lo que parece ser el fragmento de una factura de hotel, que me interesa mucho".

"No hay nada en ella. Lo he mirado antes", dijo Lestrade. "'4 de octubre, habitaciones 8s., desayuno 2s. 6d., cóctel 1s., almuerzo 2s. 6d., copa de jerez, 8d.' No veo nada en eso".

"Es muy probable que no. Es muy importante, de todos modos. En cuanto a la nota, también es importante, o al menos las iniciales lo son, así que te felicito de nuevo".

"Ya he perdido bastante tiempo", dijo Lestrade, levantándose. "Creo en el trabajo duro y no en sentarse junto al fuego a hilar finas teorías. Que tenga un buen día, señor Holmes, y ya veremos quién llega primero al fondo del asunto". Recogió las prendas, las metió en la bolsa y se dirigió a la puerta.

"Sólo una pista para usted, Lestrade -dijo Holmes antes de que su rival desapareciera-; le diré la verdadera solución del asunto. Lady St. Simon es un mito. No existe, ni ha existido nunca, tal persona".

Lestrade miró con tristeza a mi compañero. Luego se volvió hacia mí, se dio tres golpecitos en la frente, sacudió la cabeza solemnemente y se alejó a toda prisa.

Apenas había cerrado la puerta tras de sí cuando Holmes se levantó para ponerse el abrigo. "Hay algo de cierto en lo que dice el tipo sobre el trabajo al aire libre", comentó, "así que creo, Watson, que debo dejarte con tus papeles un rato".

Eran más de las cinco cuando Sherlock Holmes me dejó, pero no tuve tiempo de estar solo, pues al cabo de una hora llegó un pastero con una caja plana muy grande. La desempaquetó con la ayuda de un joven que había traído consigo, y en seguida, para mi gran asombro, comenzó a colocarse una pequeña cena fría bastante epícura sobre la caoba de nuestra humilde casa de huéspedes. Había un par de tiras de becada fría, un faisán, un pastel de paté de foie gras con un grupo de botellas antiguas y llenas de telarañas. Una vez dispuestos todos estos lujos, mis dos visitantes se esfumaron, como los genios de Las mil y una noches, sin más explicación que la de que las cosas habían sido pagadas y se habían encargado a esta dirección.

Poco antes de las nueve, Sherlock Holmes entró enérgicamente en la habitación. Sus rasgos eran muy serios, pero había una luz en sus ojos que me hizo pensar que no se había equivocado en sus conclusiones.

"Entonces, han preparado la cena -dijo frotándose las manos-.

"Parece que esperas compañía. Han puesto para cinco".

"Sí, me imagino que tendremos compañía", dijo él. "Me sorprende que Lord St. Simon no haya llegado ya. ¡Ja! Me parece que oigo sus pasos en la escalera".

En efecto, era nuestro visitante de la tarde el que entraba con paso ligero, colgando sus gafas con más fuerza que nunca y con una expresión muy perturbada en sus aristocráticas facciones.

"¿Le ha llegado mi mensajero, entonces?", preguntó Holmes.

"Sí, y confieso que su contenido me ha sorprendido sobremanera. ¿Tiene usted buena base para lo que dice?"

"La mejor posible".

Lord St. Simon se hundió en una silla y se pasó la mano por la frente.

"¿Qué dirá el duque", murmuró, "cuando se entere de que un miembro de la familia ha sido sometido a semejante humillación?".

"Se trata del más puro accidente. No puedo permitir que haya ninguna humillación".

"Ah, usted ve estas cosas desde otro punto de vista".

"No veo que nadie tenga la culpa. No veo cómo la señora podría haber actuado de otra manera, aunque su método abrupto de hacerlo fue indudablemente lamentable. Al no tener madre, no tenía a nadie que la aconsejara en semejante crisis".

"Fue un desaire, señor, un desaire público", dijo Lord St. Simon, golpeando con los dedos sobre la mesa.

"Debe ser comprensivo con esta pobre chica, colocada en una posición tan inédita".

"No voy a hacer ninguna concesión. Estoy muy enojado, y he sido utilizado vergonzosamente".

"Creo que he oído un timbre", dijo Holmes. "Sí, hay escalones en el rellano. Si no puedo persuadirle de que sea indulgente con el asunto, lord St. Simon, he traído a un abogado que puede tener más

éxito." Abrió la puerta e hizo pasar a una dama y un caballero. "Lord St. Simon", dijo, "permítame presentarle a los señores Francis Hay Moulton. La señora, creo, ya la conoce".

Al ver a estos recién llegados, nuestro cliente se levantó de su asiento y se puso muy erguido, con los ojos bajos y la mano metida en el pecho de su gabardina, como una imagen de dignidad ofendida. La dama se había adelantado rápidamente y le había tendido la mano, pero él seguía negándose a levantar la vista. Tal vez fuera bueno para su resolución, porque su rostro suplicante era uno al que era difícil resistirse.

"Estás enfadado, Robert", dijo ella. "Bueno, supongo que tienes motivos para estarlo".

"Por favor, no te disculpes conmigo", dijo Lord St. Simon con amargura.

"Oh, sí, sé que te he tratado muy mal y que debería haberte hablado antes de irme; pero estaba un poco nerviosa, y desde el momento en que volví a ver a Frank aquí no sabía lo que estaba haciendo o diciendo. Sólo me extraña que no me haya caído y desmayado allí mismo ante el altar".

"¿Quizás, Sra. Moulton, quiera que mi amigo y yo salgamos de la habitación mientras nos explica este asunto?"

"Si me permite dar una opinión", comentó el extraño caballero, "ya hemos tenido demasiado secreto sobre este asunto. Por mi parte, me gustaría que toda Europa y América se enteraran de los derechos del mismo". Era un hombre pequeño, enjuto y quemado por el sol, bien afeitado, con una cara afilada y un comportamiento alerta.

"Entonces voy a contar nuestra historia de inmediato", dijo la dama. "Frank y yo nos conocimos en el 1884, en el campamento de McQuire, cerca de las Rocosas, donde papá estaba trabajando en una concesión. Estábamos comprometidos, Frank y yo; pero un día papá se hizo rico y ganó un montón de dinero, mientras que el pobre Frank tuvo una mina que se agotó y quedó en nada. Cuanto más rico se hacía papá, más pobre era Frank; así que al final papá no quiso oír hablar de nuestro compromiso por más tiempo, y me llevó a 'Frisco. Sin embargo, Frank no quiso tirar la toalla, así que me siguió hasta allí y me vio sin que papá se enterara de nada. Si lo hu-

biera sabido, se habría enfadado, así que lo arreglamos todo por nuestra cuenta. Frank dijo que él también iría a hacer su fortuna y que no volvería a reclamarme hasta que tuviera tanto como papá. Entonces le prometí que lo esperaría hasta el fin de los tiempos y me comprometí a no casarme con nadie más mientras él viviera. ¿Por qué no nos casamos ahora mismo?", dijo él, "y entonces me sentiré seguro de ti; y no reclamaré ser tu marido hasta que regrese". Bueno, lo hablamos, y él lo había arreglado todo tan bien, con un clérigo listo para la ocasión, que lo hicimos allí mismo; y entonces Frank se fue a buscar fortuna, y yo volví con papá.

"Lo siguiente que supe de Frank fue que estaba en Montana, y luego se fue a buscar oro a Arizona, y después supe de él en Nuevo México. Después llegó una larga historia en el periódico sobre cómo un campamento de mineros había sido atacado por los indios apaches, y allí estaba el nombre de mi Frank entre los muertos. Me desmayé y estuve muy enferma durante meses. Papá pensó que tenía una enfermedad y me llevó a la mitad de los médicos de Frisco. No hubo ni una sola noticia durante un año y más, así que nunca dudé de que Frank estuviera realmente muerto. Entonces Lord St. Simon vino a 'Frisco, y nosotros fuimos a Londres, y se arregló un matrimonio, y Papá estaba muy complacido, pero yo sentía todo el tiempo que ningún hombre en esta tierra tomaría el lugar en mi corazón que se le había dado a mi pobre Frank.

"Aun así, si me hubiera casado con Lord St. Simon, por supuesto que habría cumplido con mi deber con él. No podemos ordenar nuestro amor, pero sí nuestras acciones. Fui al altar con él con la intención de hacer de él una esposa tan buena como estuviera en mí serlo. Pero podéis imaginar lo que sentí cuando, justo al llegar a las barandillas del altar, miré hacia atrás y vi a Frank de pie y mirándome desde el primer banco. Al principio pensé que era su fantasma; pero cuando volví a mirar, seguía allí, con una especie de pregunta en los ojos, como si me preguntara si me alegraba o lamentaba verle. Me sorprende que no me haya caído. Sé que todo estaba dando vueltas, y las palabras del clérigo eran como el zumbido de una abeja en mi oído. No sabía qué hacer. ¿Debía detener el servicio y hacer una escena en la iglesia? Volví a mirarle, y pareció saber lo que

estaba pensando, porque se llevó el dedo a los labios para decirme que me quedara quieta. Entonces le vi garabatear en un papel y supe que me estaba escribiendo una nota. Al pasar por su banco al salir, le dejé mi ramo de flores, y él me puso la nota en la mano cuando me devolvió las flores. No era más que una línea en la que me pedía que me uniera a él cuando me hizo la señal de que lo hiciera. Por supuesto, no dudé ni un momento de que mi primer deber era para con él, y decidí hacer todo lo que me indicara.

"Cuando regresé, se lo dije a mi criada, que lo había conocido en California y siempre había sido su amiga. Le ordené que no dijera nada, sino que empacara algunas cosas y preparara mi gabán. Sé que debería haber hablado con Lord St. Simon, pero era terriblemente duro ante su madre y toda esa gran gente. Me decidí a huir y a explicarme después. No llevaba ni diez minutos en la mesa cuando vi a Frank por la ventana, al otro lado de la carretera. Me hizo una seña y luego comenzó a caminar hacia el parque. Me escabullí, me puse mis cosas y le seguí. Una mujer vino a hablarme de Lord St. Simon -por lo poco que oí, me pareció que él también tenía un pequeño secreto antes de casarse-, pero logré zafarme de ella y pronto alcancé a Frank. Subimos juntos a un taxi y nos dirigimos a un alojamiento que él había tomado en Gordon Square, y esa fue mi verdadera boda después de todos esos años de espera. Frank había estado prisionero entre los apaches, se había escapado, llegó a 'Frisco, descubrió que yo lo había dado por muerto y se había ido a Inglaterra, me siguió hasta allí, y dio conmigo por fin la misma mañana de mi segunda boda."

"Lo vi en un periódico", explicó el americano. "Daba el nombre y la iglesia, pero no dónde vivía la señora".

"Entonces hablamos de lo que debíamos hacer, y Frank era partidario de la franqueza, pero yo estaba tan avergonzada de todo aquello que sentía como si quisiera desaparecer y no volver a ver a ninguno de ellos, enviando sólo una carta a papá, tal vez, para demostrarle que estaba viva. Me resultaba horrible pensar en todos aquellos señores y señoras sentados en torno a la mesa del desayuno y esperando mi regreso. Así que Frank cogió mi ropa y mis cosas de boda e hizo un fardo con ellas, para que no me localizaran, y

las dejó en algún lugar donde nadie pudiera encontrarlas. Es probable que hubiéramos continuado hacia París mañana, sólo que este buen caballero, el señor Holmes, se acercó a nosotros esta tarde, aunque la forma en que nos encontró es más de lo que puedo pensar, y nos demostró muy clara y amablemente que yo estaba equivocada y que Frank tenía razón, y que nos estaríamos equivocando si fuéramos tan secretos. Entonces se ofreció a darnos la oportunidad de hablar a solas con Lord St. Simon, por lo que fuimos enseguida a sus habitaciones. Ahora, Robert, lo has oído todo, y siento mucho si te he hecho sufrir, y espero que no pienses mal de mí".

Lord St. Simon no había relajado en absoluto su rígida actitud, sino que había escuchado con el ceño fruncido y el labio comprimido esta larga narración.

"Discúlpeme", dijo, "pero no es mi costumbre hablar de mis asuntos personales más íntimos de esta manera pública".

"¿Entonces no me perdonará? ¿No me darás la mano antes de que me vaya?"

"Oh, ciertamente, si te da algún placer". Extendió la mano y agarró fríamente la que ella le tendió.

"Esperaba", sugirió Holmes, "que se hubiera unido a nosotros en una cena amistosa".

"Creo que ahí pide usted demasiado", respondió su señoría. "Puede que me vea obligado a aceptar estos recientes acontecimientos, pero no se puede esperar que me alegre por ellos. Creo que, con su permiso, les desearé a todos muy buenas noches". Nos incluyó a todos con una amplia reverencia y salió de la habitación.

"Entonces confío en que al menos me honrarán con su compañía", dijo Sherlock Holmes. "Siempre es una alegría conocer a un americano, señor Moulton, porque soy de los que creen que la locura de un monarca y la torpeza de un ministro en años lejanos no impedirán que nuestros hijos sean algún día ciudadanos del mismo país mundial bajo una bandera que será un despiece de la Union Jack con las barras y las estrellas".

"El caso ha sido interesante -comentó Holmes cuando nuestros visitantes nos hubieron dejado-, porque sirve para mostrar muy claramente lo sencilla que puede ser la explicación de un asunto que a

primera vista parece casi inexplicable. Nada puede ser más natural que la secuencia de acontecimientos narrada por esta señora, y nada más extraño que el resultado visto, por ejemplo, por el señor Lestrade, de Scotland Yard."

"¿No tuvo usted la culpa en absoluto, entonces?"

"Desde el primer momento, dos hechos me resultaron muy evidentes, el primero que la señora había estado muy dispuesta a someterse a la ceremonia nupcial, el otro que se había arrepentido de ello a los pocos minutos de volver a casa. Evidentemente, algo había ocurrido durante la mañana para hacerla cambiar de opinión. ¿Qué podría ser ese algo? No podía haber hablado con nadie cuando estaba fuera, pues había estado en compañía del novio. Entonces, ¿había visto a alguien? Si lo había hecho, debía ser alguien de América, porque había pasado tan poco tiempo en este país que difícilmente podría haber permitido que alguien adquiriera una influencia tan profunda sobre ella como para que la mera visión de él la indujera a cambiar sus planes tan completamente. Ya hemos llegado, por un proceso de exclusión, a la idea de que podría haber visto a un americano. Entonces, ¿quién podría ser ese americano y por qué iba a tener tanta influencia sobre ella? Podría ser un amante; podría ser un marido. Sabía que su juventud había transcurrido en escenarios difíciles y en condiciones extrañas. Hasta aquí había llegado antes de escuchar la narración de Lord St. Cuando nos habló de un hombre en un banco, del cambio en los modales de la novia, de un recurso tan transparente para obtener una nota como dejar caer un ramo de flores, de su recurso a su doncella de confianza y de su muy significativa alusión al salto de reclamo -que en el lenguaje de los mineros significa tomar posesión de lo que otra persona tiene derecho a reclamar-, toda la situación quedó absolutamente clara. Ella se había ido con un hombre, y el hombre era o bien un amante o bien un marido anterior; las probabilidades estaban a favor de lo segundo."

"¿Y cómo diablos los encontró?"

"Podría haber sido difícil, pero el amigo Lestrade tenía en sus manos información cuyo valor desconocía. Las iniciales eran, por supuesto, de la mayor importancia, pero más valioso aún era saber

que en una semana había saldado su cuenta en uno de los hoteles más selectos de Londres."

"¿Cómo dedujo lo selecto?"

"Por los precios selectos. Ocho chelines por una cama y ocho peniques por una copa de jerez apuntaban a uno de los hoteles más caros. No hay muchos en Londres que cobren esa tarifa. En el segundo que visité en Northumberland Avenue, me enteré, al revisar el libro, de que Francis H. Moulton, un caballero americano, se había marchado el día anterior, y al revisar las anotaciones contra él, me encontré con los mismos elementos que había visto en el duplicado de la factura. Sus cartas debían remitirse al número 226 de Gordon Square; así que me dirigí hacia allí, y como tuve la suerte de encontrar a la cariñosa pareja en su casa, me aventuré a darles un consejo paternal y a indicarles que sería mejor en todos los sentidos que aclararan un poco su posición tanto al público en general como a lord St. Les invité a reunirse con él aquí y, como ves, le hice cumplir la cita".

"Pero sin un resultado muy bueno", comenté. "Su conducta no fue ciertamente muy amable".

"Ah, Watson", dijo Holmes, sonriendo, "quizá usted tampoco tendría mucha gracia si, después de todas las molestias del cortejo y la boda, se viera privado en un instante de esposa y de fortuna. Creo que podemos juzgar a lord St. Simon con mucha misericordia y dar gracias a nuestras estrellas por no encontrarnos nunca en la misma situación. Acerca tu silla y pásame mi violín, pues el único problema que nos queda por resolver es cómo pasar estas sombrías tardes otoñales."

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**